



ARTE HISTORIA
FILOSOFIA Y LITERATURA
EN RELACION CON LA MEDICINA

DE LA MEDICINA Y LOS MÉDICOS DEL PASADO

(Un libro del Doctor Suárez de Ribera, publicado en 1738, sobre los diecisiete secretos médicos del Doctor Juan Curvo Semmedo)

por el

Doctor ALFREDO PRIETO VIDAL

Médico director del Sanatorio Psiquiátrico «San Luis».
Palencia.

I

La lectura de un libro antiguo, cualquiera que sea su clase, es como un jirón de la vida de seres ya desaparecidos, que de pronto se nos viene a las manos y nos mueve a meditación. Las ideas en él contenidas podrán ser verdaderas o falsas; pero el experimento aislado de toda interpretación doctrinal y epistemológica de sus teorías, de la certeza o no de sus juicios, y sencillamente aplicado a la pura reflexión sentimental, proporciona siempre un cierto placer, y, a la par, una inquietud que se deriva de la consideración existencial del hombre, de su paso por la vida y de sus múltiples problemas abiertos a la especulación.

El libro que sugiere este artículo es un ejemplar de la «Ilustración y Publicación de los diez y siete Secretos del Doctor Juan Curvo, compuesto por el Doctor Francisco Suárez de Ribera, Médico de Cámara de su Magestad, del Gremio y Claustro de la Universidad de Salamanca».

Hubiéramos podido elegir cualquier otro tema médico histórico, y, sin embargo, hemos dado nuestra preferencia a este libro de Suárez de Ribera, en el que hemos encontrado una mayor amabilidad que en otros, aunque éstos fueran, por otros conceptos, más interesantes o valiosos.

Ciertamente que los célebres secretos curvianos han sido más de una vez desempolvados, y que para el erudito bibliófilo no representa la obra, ni mucho menos, ningún *specimen* de auténtica curiosidad históricomédica. Mas no todos los que sienten interés y gusto por estas materias han tenido ocasión de hojear el libro de Ribera, y ello da justificación a estas cuartillas.

De otro lado, siempre sirve de particular enseñanza dedicar una vez más la atención a estos temas médicos del pasado, aunque, como en este caso, representen formas de concebir esta nuestra común actividad al servicio del enfermo tan extraordinariamente dispares de la que nos es propia, que es preciso hacer un esfuerzo mental para situarnos en el ambiente pretérito y penetrarnos de aquella sabiduría al uso. Sólo así, en el encuentro con este tipo de lectura, el pensamiento que brota suaviza de indulgente comprensión este testimonio de tiempos pasados, que nos habla con extraño lenguaje que se nos antojaría ridículo, si, por otro lado, no tuviera, aunque no lo parezca, un sentido emotivo que también conmueve.

Nuestro libro, con su papel áspero y amarillento, con sus manchas aceitosas, elocuentes *candiladas* deladoras de las horas de estudio de su *arcana ciencia*, con sus señales en tinta enrojecida por el tiempo, sus curiosas láminas y su extraño contenido, es como un

islote entre los libros de una biblioteca médica de los tiempos actuales, que encierra como en redoma de alquimista un fragmento quintaesenciado de aquellas vidas que fueron y que pesan sobre la nuestra querámoslo o no, ayudándonos a comprendernos y a interpretar mejor la significación de nuestro momento histórico.

Tan es así, que «en balde—escribe Dilthey—arrojan otros tras de sí el pasado entero, para empezar la vida de nuevo, sin prejuicios. No pueden desprenderse de lo que *ya ha sido*, y los dioses del pasado se les convierten en fantasmas. La melodía de nuestra vida está condicionada por las voces del pasado, que la acompañan».

La misma razón que hace decir a Ortega, precisamente comentando al filósofo alemán: «... que es un craso error presumir que podamos ponernos a pensar sobre cosa alguna con independencia absoluta del pasado humano, de lo que se ha pensado, querido y sentido en los pretéritos tiempos de la Humanidad.» Y también, que «... el hombre culto necesita confrontarse con los hombres de otros tiempos, asomarse a su intimidad y poner fino oído a la melodía latente de aquellas existencias consumidas».

II

Una certera interpretación de un hecho o de la vida de sujetos destacados en un tiempo, imponen la necesidad de un análisis de todas las circunstancias ambientales, psicológicas, políticas, religiosas, culturales, etc., de la época en que éstos vivieron o en que el acontecimiento tuvo lugar. Sólo así, en este acontecer trascendente que es nuestra vida, el encuadre del hombre y del hecho en el ámbito de su tiempo permite penetrar mejor en la significación de tal vida o de tal hecho, que, por lo mismo, cobran una mayor dimensión que la de un escueto relato.

El libro de Suárez de Ribera nos traslada a una época en que la observación y experimentación, la investigación científica incipiente, se debatía por abrirse paso por entre el oleaje de las falsas teorías médicas tradicionales y de una metodología terapéutica exuberante y bárbara, herencia obligada del medievo.

En cuanto al autor de nuestro libro, médico de cámara del rey, del Claustro de la Universidad de Salamanca, socio de la Regia Sociedad Médico-Chímica de Sevilla, etc., etc., a pesar de sus títulos y del encomio de sus apologistas, fué, sin duda, hombre de imaginación levantada. Lanzado por la ruta de las interpretaciones arbitrarias, al igual que otros de su

época, como aquel Tomás Cortejo, con sus «Secretos Avocantes de las Viruelas, nunca escritos hasta ahora», o aquel Gaspar Pons, con su «Método eficazísimo para curar radicalmente las enfermedades tenidas por incurables» (y entre ellas el cáncer, la lepra, etc., etc.), y tantos más, escribió muchas obras y folletos tan extravagantes como las de éstos, que, al decir de algún historiador, sólo sirvieron «para calentar los cascos de los profesores del siglo».

En este tiempo, la Medicina hipocrática se vió por fuerza obligada a ceder su puesto a toda suerte de sutilezas escolásticas, sistemas y doctrinas humorales, químicas, dinámicas, etc., que en tropel irrumpieron en el campo de la Medicina, sembrando la confusión y el desorden, a pesar de las juiciosas y ponderadas voces de Piquer, Francisco Cerdán, Solano, etc., así como también de los Padres Feijoo e Isla, de tal manera, que «los empíricos, empiastadores, curanderos y bribones que vivieron con el sobrescrito de profesores de la docta Medicina», como los calificaba por entonces Torres, pululaban junto a los profesionales que, como Francisco Suárez de Ribera, no tuvieron la fortuna, para gloria de su posteridad, de verse libres de la contaminación del más burdo empirismo.

III

En esta época, como en otras, la avidez por los recursos secretos para el logro de los fines más diversos representa una de las fórmulas más simples y comunes para lanzarse a la conquista del mundo. El afán de invención y la lucha por la posesión del secreto remedio de los males constituyen una preocupación dominante, tanto como lo fué anteriormente la práctica de la alquimia para la busca de la piedra filosófica, y Suárez de Ribera se siente poseído por una decidida inclinación hacia toda suerte de resortes secretos médicos. Esto le mueve a componer su «Colección de Selectísimos Secretos Médicos y Quirúrgicos», y con tesón admirable, y valiéndose de los más diversos medios, a desentrañar todos los secretos del doctor Curvo tan cuidadosamente ocultos por éste a la natural curiosidad general.

Justo sin embargo, es reconocer que Ribera se esforzó en adquirir los diecisiete secretos de Curvo que traían a mal traer a médicos, boticarios y enfermos desde la publicación de su *Polyantha Medicinal*, «trabajando muchos años en abrir las puertas que ocultaban el precioso tesoro para derramarlo por el mundo en beneficio de la salud pública», con laudable desprendimiento que mueve a elogio a uno de sus censores, el cual nos dice que «grande es el beneficio que hace el autor, porque, a más del descubrimiento de remedios tan envidiados, sobre ellos eleva todo su discurso, ilustrándolos con variedad de exquisitas noticias y sucesos tan al vivo, que, para hacer más admirables los ejemplos, los demuestra con primorosas estampas».

Mientras tanto, la ocultación que hace el *sapientísimo* Curvo de sus secretos, sólo merece la repulsa general, calificando de «abominable proposición el que los quiera dexar en mayorazgo para su hijo, porque es imposible parezca bien a Dios y al mundo ocultar el bien para uno solo y que carezcan de él tantos individuos».

Por su parte, Curvo se defiende de los que quieren a toda costa entrar en posesión de sus secretos, que, como él mismo dice, «están confeccionados por sus manos y a puertas cerradas, de modo que ni las arañas lo viesen», diciendo que «a los que se quejan de no revelar la composición de los secretos como otros

médicos revelaron los suyos, les responde que éstos lo hicieron después de que fueron objeto de grandes honras y mercedes», y pone como ejemplo a un tal Geofrois, que por el secreto de las carnosidades le dió Carlos IX de Francia dos mil monedas de oro.

Esto causa la irritación de médicos y teólogos, que anatematizan la conducta de Curvo, quien, a lo que se ve, reserva sus secretos «por la codicia del crédito y del dinero».

En su descargo, aduce el *doctísimo* Curvo que él no obliga a nadie a comprar sus secretos, y en su *Atalaya de la vida* dice que si no publica los tales remedios «en cambio, no quiero dexar de enseñar otros de que tengo buena confianza». En cuanto a los secretos cuya composición tiene a la venta sin revelar su fórmula, los vende «con una condición tan noble y tan desengañada», que volverá el dinero si dentro de un mes no curasen de la dolencia.

El doctor Suárez de Ribera, en su prólogo, nos dice que «muchos secretos, al cabo de los años, se han descubiertos, pues Dios lo quiere así, y que el mismo que encubre la cosa, ciego o iluminado la revele, como ocurrió con el vino del Rin de Talavera, cuya composición está sembrada ya por el mundo, porque, habiéndose descuidado el P. Pastrana, boticario insigne, le hizo buen Ladrón un oficial de la botica, que se escapó con la receta».

La publicación merece los mayores elogios, y los censores y aprobantes, no encontrando en el libro «cosa alguna que se oponga a la Santa Fe Católica y buenas costumbres», autorizan la salida a la luz «de los más recónditos secretos del sapientísimo Curvo, para el bien común y para que al mismo tiempo se entregue a la inmortalidad de la prensa y corra la fama estos Orbes con ruidos y voces que, aunque mudas, articulen en elogios al autor».

IV

Cada capítulo del libro trata de un secreto, comenzando por el texto literal de Curvo, al que sigue la ilustración de Ribera, la publicación de la receta y, finalmente, las observaciones de los efectos «de tan salutíferos remedios».

El primero de los secretos, y al que Ribera concede atención preferente, es el bezoárdico cordial, que excede en eficacia a las piedras de puerco espin, piedras cordiales y bezares, a los jacintos, theriacas, etc., y, en general, a todos los contravenenos del mundo, como lo prueban miles de enfermos curados, «algunos ya oleados».

Para Curvo, y lo confirma Ribera, son tan necesarios los bezoárdicos en las fiebres malignas y venenosas, que sin ellos sería imposible curarlas.

La patología médica de la época admitía para las fiebres malignas dos posibilidades: la malignidad o morbo podría *pecar* en la cualidad manifiesta, o *pecar* en la cualidad oculta. En el primer caso, con sangre pútrida y denegrida por la putrefacción y vicio de los humores, orinas gruesas, turbias y muy rubras; lengua usta, seca y mucha sed, están indicadas las evacuaciones de sangre, ayudas y purgas, unidas o no al bezoárdico. Pero si la sangre es pura, de buen color, y las orinas son claras, delgadas y bien cocidas, la lengua húmeda, la fiebre escasa y se acompaña de desasosiego y temblor, la fiebre *peca* en la cualidad oculta, y en este caso están verdaderamente indicados los bezoárdicos simples, esto es, sin mezcla de purgantes, y sangrando poco o nada.

Manejábanse dos tipos de bezoárdicos, según la clase de enfermedad. Unos, que se oponían a la disolu-

ción de los venenos y malignas cualidades, en cuyo caso sería perjudicial el uso de los alexifármacos, mientras que en aquellos casos en que la maligna cualidad y venenos coagulan y suspenden los movimientos de la sangre y líquidos, haciéndose preciso volatilizar, rarefacier, disolver y poner en movimiento la sangre y líquidos, entonces los trociscos de víbora, el antimonio y otros alexifármacos, y, sobre todo, el bezoárdico de Curvo, obran muy eficazmente.

En este bezoárdico cordial de Curvo entran las raíces de contrahierba y de carlina, la tormentilla, el dictamo blanco, cardo santo, escordio, amapolas, ojos de cangrejo, cuerno de ciervo, antimonio, perlas y panes de oro, la quinquina y las piedras de cananor, bezoar y cordial de Goa.

Pero si se trataba de combatir las viruelas, sarampión, erisipela, fiebres malignas y purpuratas, entonces el remedio radical y eficazísimo era la asociación con el bezoárdico de las deyecciones de caballo recién salidas del animal y estando aún calientes, de cuya mezcla debía beber el enfermo de tiempo en tiempo, «hasta sanar». Claro es que con el arroyo y los higos secos que de paso se añadían a este bezoárdico, los doctores Curvo y Ribera posiblemente perseguían, no sólo la acción alexifármaca para combatir «la cacochimia, en la que se sujeta la maligna cualidad», sino también aliviar la triste suerte del enfermo, condenado a ingerir tal remedio, del que solamente podía esperar su salud.

Siguen después los trociscos para la desopilación y purgar los humores melancólicos; las píldoras alcalicas contra acedías y úlceras, que no pueden curar por la acrimonia y falsedumbre de los humores; las píldoras para toda clase de dolores, con o sin fomentaciones *loco dolenti*, con orina corrompida y hervida con vino blanco, «que es remedio admirable»; el óleo secalache, eficaz, aunque su abundancia sea tanta como el agua del mar, y útil para las mujeres «cuyos maridos no quieren que crien por la grandeza de sus personas»; los castelinos, infalibles para estancar la sangre de cualquier parte; las píldoras para hacer bajar la sangre menstrual detenida por las grandes acrimonias de los líquidos, y en cuyo caso están indicados los humectantes y desopilantes; el agua lusitana, para tercianas; las píldoras, contra los flujos o contra la gota coral y contra todo género de cámaras; los polvos para curar los flujos involuntarios de semen, «de la cual enfermedad mueren muchos»; la masa para todo género de lombrices, y otros muchos secretos de no menor importancia, que sería largo de enumerar.

A vueltas con la astenia de los tejidos, con la acrimonia de los humores y su materia pecante, tenidas por los primeros agentes de las enfermedades, se trataban éstas con las más complicadas y laboriosas fórmulas. Si la materia médica vegetal y mineral se manejaba con algún atisbo de fundamentación lógica, el espíritu de los siglos pasados obraba demasiado poderosamente, y los brebajes son imaginados y confeccionados con el mismo estilo y refinamiento de la época medieval.

La piedra cordial de Goa, que entra en el bezoárdico «cuando no es falsificada y como de barro», se compone, según la farmacopea Bateana, de ámbar gris, jacintos, topacios, esmeraldas, zafiros, rubíes, coral, etc.

Muchas fórmulas se componen de marfil, panes de oro y plata, y junto a toda clase de sustancias vegetales y minerales, empleáanse los productos animales y escatológicos más absurdos: los pelos de la oreja de la liebre, el aceite de lombrices de tierra, la uña de la gran bestia, las cochinillas, los hígados de golondrina y de rana cogidas en mayo; el estércol de pa-

vón macho, de buey y de caballo; la leche de mujer, el cráneo humano y la enjundia humana, etc., etc., con cuyos ingredientes se elaboraba toda suerte de fórmulas que eran empleadas *intus et extra*. Ninguna diferencia vemos aquí que exista con las pócimas de la Edad Media.

V

Mas si hasta aquí todavía hemos podido seguir con la crítica dócilmente sometida a las exigencias de la finalidad perseguida por los *doctisimos* Curvo y Ribera, compulsando en cada momento la interpretación de los hechos con el conocimiento reinante en aquella etapa histórica de la Medicina, no ocurre así cuando de pronto nos encontramos frente a frente con algunas desconcertantes observaciones del doctor Ribera que rompen el equilibrio logrado entre nuestra mente y aquel singular arte médico. Tales observaciones del comentarista de Curvo son como una pluma en el vacío, que no sospechábamos de ningún modo.

Ribera nos sorprende abriéndonos el escotillón que conduce al recinto de donde brotan imágenes y creaciones fantásticas y quiméricas, poso mitológico del alma hasta este momento en serena quietud. Este légame se le remueve al ilustrador y comentarista de Curvo, y no sabemos de qué latitudes le sopla el viento, para hablarnos ahora con infantil ingenuidad (que no concuerda bien con el espíritu crítico e intransi-



gente a que nos tiene habituados) de dos molas vivientes, *mirabile visul*, expulsadas por una mujer a la que administró con gran suceso el secreto doce de Curvo.

Desconocida en siglos pasados, como es sabido, la

manera de reproducirse los organismos vivos, se admitía la generación espontánea y el engendro de monstruos, incluso en el seno de la mujer. Así es como en *De anima et vita*, de Vives, publicado en 1538, se admite con limitación la función generadora en los seres vivos, la cual no tienen todos, «aunque sí la mayor parte».

Pero la explicación que nos da Ribera de las molas vivientes es otra: «Cuando el huevo se sale fuera del ovario sin congreso del varón, resulta la mola sin vitalidad; pero si el aura seminal fecunda al huevo dentro del ovario con la improporción que no debiera, entonces es la mola engendrada con vitalidad, adquiriendo diversas formas de animales: ya de ratón, de sapo, de culebra, de sierpe, de víbora, de liebre, de gato, etc.»

Las dos molas vivientes expulsadas con el secreto de Curvo, «que el curioso puede ver en la estampa, tenían la forma de lagarto, la una mayor que la otra, y ambas con colas, en cuyas puntas llevaban uñas de alacrán. La menor tenía cuatro patas y una sola cola, mientras que la mayor poseía ocho patas y dos colas» (figura 1).

En otra ocasión, con el agua bendita de Rulando, administrada a otra mujer, logra hacerla expulsar una lombriz «en forma de sierpe» (fig. 2), mientras que otro paciente, con el *Arcanum lumbricorum* de Curvo, «expulsa otra de dos cabezas, como queda demostrado en la estampa» (fig. 3).

Una enferma, a la que aplica distintos remedios, arroja por el útero unos gusanos de diferentes figuras, «algunos de ellos peludos, como se demuestra en la correspondiente estampa» (fig. 4).

Finalmente, refiere el caso de un muchacho al que, después de pulsarle a diferentes horas y días y con los síntomas recogidos, diagnóstica de fiebre verminosa. Administrándole varios recursos, expulsa gran número de lombrices «con forma de renacuajo, como puede verse en la estampa» (fig. 1, entre los dos lagartos), con gran admiración de todos, «y de los que tenían la obligación de saber que en muchas partes del cuerpo suelen engendrarse lombrices de diversas formas».

Después de fulminar esta humillante sentencia contra semejante ignorancia de sus colegas, pone remate a su discurso diciéndonos que «en una ocasión, y

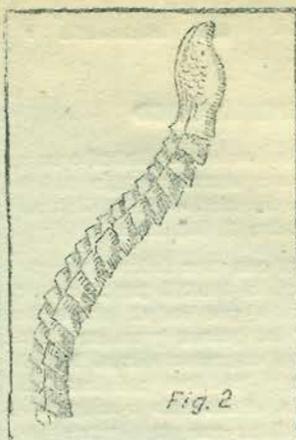


Fig. 2



Fig. 4

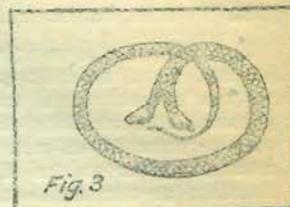


Fig. 3

sin que esto parezca ponderación», hizo expulsar a un muchacho más de dos mil lombrices en forma de renacuajo.

¿Qué juzgar de todo esto? ¿Mentía Ribera, y engañó con sus patrañas a sus censores y aprobantes, que encontraron maravillosas sus observaciones y primorosas las estampas que las ilustran? ¿O es que, ciertamente, creyó ver él esta extraña fauna engendrada en las entrañas de sus pacientes y desalojada de allí por la fuerza persuasiva de los secretos curvianos?

Los comentarios nos llevarían demasiado lejos. Contentémonos solamente por esta vez con lo expuesto a simple título de curiosidad sobre la forma de ejercer la Medicina en tiempos de la «Cathólica Magestad el Rey Don Philippe V», y guardémonos de juzgar demasiado severamente la figura del doctor Francisco Suárez de Ribera, su médico de cámara, pues no ha sido ésta nuestra intención al hacer estas reflexiones motivadas por la lectura de su libro acerca del valor terapéutico encerrado en los diecisiete secretos del doctor Curvo Semmedo.



1 ó 2 pastillas

disueltas lentamente en la boca después de la comida, garantizan una perfecta digestión.

2 ó más pastillas

corrigen la hipersecreción gástrica, haciendo desaparecer en pocos minutos toda la sintomatología.

Caja de tamaño normal.

Caja de tamaño grande.

(gusto a limón o a menta.)